

Juntos con Cristo

Marc TAPERNOUX

biblicom.org

Índice

0 - Prólogo	3
1 - De esta unidad proceden todas nuestras bendiciones actuales y futuras	3
2 - Crucificados, muertos y sepultados con Cristo	5
3 - Vivificados juntos con Cristo	6
4 - Resucitados juntos	6
5 - Sentados juntos	7
6 - Herederos juntos	8
7 - Sufriendo juntos	9
8 - Glorificados con él	10

0 - Prólogo

Desde su nuevo nacimiento, el creyente está unido tan estrecha e indisolublemente a Cristo, que forma, hasta la eternidad, un solo ser con él. Literalmente, forma un solo Cuerpo con él. Numerosos pasajes de la Palabra expresan esta gloriosa realidad, sus diversos aspectos, las bendiciones que conlleva y las consecuencias que se derivan de ella para el camino del redimido en este mundo.

Nuestra unión individual y colectiva con el Señor Jesús queda ilustrada por varios símbolos, tales como la vid y los sarmientos que constituyen una misma planta, el cuerpo compuesto por la cabeza –Cristo– y los miembros –los redimidos– una casa espiritual formada por piedras vivas, el esposo unido a su esposa, que es “de su carne y de sus huesos” (vean [Gén. 2:23](#)). Además, cuando la Escritura habla del cristiano, tanto en lo que respecta a su posición como a su camino, subraya constantemente su unidad con Cristo empleando expresiones como «en Cristo», «en el Señor», «con Cristo», «juntos», «en el Amado», «junto con él», «en Cristo Jesús», «a Cristo», «con Jesús».

Esta unión es tan total, tan absoluta, que constituye una verdadera *identificación con él*. Estar en Cristo es estar donde Cristo está, es ser lo que él es, es compartir lo que él posee. Tal es la parte bendita de cada creyente, desde su humilde condición terrenal hasta las cimas más elevadas de la gloria del cielo, donde nuestra identificación con él alcanzará su expresión perfecta mediante la manifestación visible de «Cristo es todo y en todos» ([Col. 3:11](#)).

1 - De esta unidad proceden todas nuestras bendiciones actuales y futuras

En el presente, el hecho de que seamos uno con Cristo resucitado y glorificado es el fundamento de nuestra seguridad en cuanto a la salvación y de nuestra paz con Dios ([Juan 17:21](#); [Rom. 5:1](#); [8:1](#)). Hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo ([Efe. 1:3](#)), estamos completos en él ([Col. 2:10](#)), somos un solo espíritu con él ([1 Cor. 6:17](#)) y somos miembros de su Cuerpo ([Efe. 5:30](#)). Él es nuestra vida ([Col. 3:4](#)); Dios nos ha dado en él sabiduría, justicia, santidad y redención ([1 Cor. 1:30](#)); nos hemos convertido en «justicia de Dios en él» ([2 Cor. 5:21](#)); y él es nuestra esperanza ([1 Tim. 1:1](#)). En cuanto a nuestra posición,

estamos sentados en los lugares celestiales en Cristo (Efe. 2:6). En cuanto a nuestra aceptación, colmado de favores en el Amado y, por medio de él, hemos obtenido acceso, por la fe, al favor de Dios (Efe. 1:6; Rom. 5:2).

En lo que respecta *al futuro*, nuestra unión con Cristo no es menos viva y segura que en el presente, ya que es eterna. Dondequiera que la Escritura hable de nuestro estado futuro, se presenta como *con Cristo*. «Hoy estarás *conmigo* en el paraíso» (Lucas 23:43). Ausentes «del cuerpo, y estar presentes *con el Señor*» (2 Cor. 5:8). «Tengo el deseo partir y *estar con Cristo*, lo cual es mucho mejor» (Fil. 1:23). «Así estaremos siempre *con el Señor*» (1 Tes. 4:17). «Si voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y *os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis*» (Juan 14:3). «Así pues, sea que vivamos, o que muramos, *del Señor somos*» (Rom. 14: 8). «Nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros, para que, ya sea que estemos despiertos, o que estemos dormidos, *vivamos juntos con él*» (1 Tes. 5:9-10)

Por eso podemos exclamar con el apóstol: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?... Porque estoy persuadido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni poderes, ni cosas presentes, ni cosas por venir, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús nuestro Señor» (Rom. 8:35-39).

Si somos uno con Cristo ante Dios, debemos manifestarlo en nuestro caminar ante los hombres. Nuestro antiguo «yo» ha muerto; nuestro nuevo «yo» es Cristo. Por eso debemos caminar en novedad de vida. A eso nos exhortan numerosas declaraciones de la Palabra de Dios. «Así como recibisteis a Cristo Jesús el Señor, *andad en él, arraigados y edificados en él*» (Col. 2:6-7). Hemos sido «*creados en Cristo Jesús para buenas obras*» (Efe. 2:10). Antes éramos tinieblas, pero ahora somos *luz en el Señor*, y, por lo tanto, debemos andar como hijos de la luz (Efe. 5:8).

El apóstol Pablo era tan plenamente consciente de su unión con Cristo que podía exclamar: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál. 2:20). Se denominaba a sí mismo «apóstol de Cristo» (2 Cor. 1:1), «el siervo de Cristo» (Rom. 1:1), «prisionero de Cristo Jesús» (Efe. 3:1) y «prisionero en el Señor» (Efe. 4:1). Para él, vivir era «Cristo» (Fil. 1:21), hasta tal punto que exhortaba a los demás a ser sus imitadores (1 Cor. 4:16; Fil. 3:17; 1 Tes. 1:6). Si sus pensamientos y sus afectos estaban igualmente ocupados en el cielo, era porque fijaba sin cesar su mirada en Cristo en la gloria. «Para ganar a Cristo», decía, «sigo adelante, esperando alcanzar» (Fil. 3:8, 12).

Ningún otro apóstol desarrolla de manera tan completa esta verdad de nuestra unión con Cristo. La presenta bajo 7 aspectos distintos que ponen de relieve su

perfección divina. Los creyentes están:

- Crucificados, muertos y sepultados con Cristo,
- vivificados juntos con Cristo,
- resucitados juntamente,
- sentados juntamente en los lugares celestiales en Cristo Jesús,
- coherederos de Cristo,
- llamados a sufrir con él,
- para ser glorificados con él.

2 - Crucificados, muertos y sepultados con Cristo

Nuestra identificación con Cristo comenzó en la cruz. Allí terminó nuestra vida como hombres en Adán, mediante la crucifixión del viejo hombre con Cristo. «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre ha sido *crucificado con él*, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado». «*Con Cristo estoy crucificado*» (Rom. 6:6; Gál. 2:20).

Esta crucifixión provocó nuestra muerte: «Hemos *muerto con Cristo*» (Rom. 6:8; 2 Tim. 2:11). Y con él fuimos sepultados, lo cual simboliza el bautismo: «Fuimos, pues, sepultados con él mediante el bautismo en la muerte». «*Sepultados con él* en el *bautismo*» (Rom. 6:4; Col. 2:12).

A través de la fe, nuestra identificación con la muerte de Cristo nos hace capaces de considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. El cristiano ya no tiene que morir al pecado: ya ha muerto a él, porque ha sido crucificado con Cristo. La liberación del pecado no procede, pues, de nuestros esfuerzos, sino únicamente de lo que Dios ya ha hecho por nosotros en Cristo. No solo hemos sido librado de ciertas inclinaciones malignas, sino que todo el viejo hombre ha sido apartado y juzgado en la cruz en Cristo. Este es el punto de partida de una vida de santidad, de victoria, de una vida cristiana feliz y llena de «frutos de justicia, que es por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios» (Fil. 1:11).

3 - Vivificados juntos con Cristo

Si Cristo no permaneció en la muerte, tampoco sus redimidos han permanecido en ella, sino que han sido liberados de ella y viven de su vida. «Pero Dios, siendo rico en misericordia, a causa de su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos vivificó con Cristo». «Y a vosotros, estando muertos en los delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, os *vivificó juntamente con él*» (Efe. 2:4-5; Col. 2:13). “Dios nos ha dado vida, y no solo eso, sino que nos ha dado vida junto con Cristo. Toda la energía con la que Cristo salió de la muerte obra también para darnos vida; y no solo eso, sino que, al recibir vida, estamos asociados con él. Él sale de la muerte; nosotros saldremos *con él*. Dios nos hace partícipes de *esa vida*” (J.N. Darby).

Cristo es, pues, nuestra vida, y aunque esta vida está escondida con él en Dios, en su fuente (Col. 3:3), los creyentes tienen el privilegio de manifestar su realidad entregándose a Dios, «ofreceos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos» (Rom. 6:13). Solo la gracia divina puede obrar tal obra y llevar al cristiano a tomar conciencia de su posición en su camino. Vivificado en Cristo, debe, por la fe, mantenerse constantemente sobre este fundamento inquebrantable. Cuán grandes son el gozo y la paz de quien es consciente de la vida que posee en Cristo.

4 - Resucitados juntos

Al habernos vivificado con Cristo y habernos comunicado así la vida eterna, Dios también nos ha «resucitado con Cristo» (Efe. 2:5; Col. 3:1). Así pues, nos ha sacado del ámbito de la muerte y nos ha introducido en el terreno glorioso de la resurrección, donde todo es vida en abundancia, luz, santidad, «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Rom. 14:17). Entramos así en otra vida, totalmente diferente de la vida adámica, y cuyos objetivos se sitúan en otra esfera, una esfera celestial. ¡Guárdemonos, pues, de volver a la vida de la que fuimos liberados mediante la muerte con Cristo!

El bautismo, signo de nuestra identificación con Cristo en su muerte, simboliza también nuestra identificación con él en su resurrección. «Si fuimos identificados con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección». «Sepultados con él en el bautismo, en quien también fuisteis *resucitados mediante la fe* en la operación de Dios que le resucitó de entre los muertos» (Rom. 6:5; Col. 2:12).

A esta resurrección espiritual del alma le seguirá, para los creyentes que hayan fallecido, una resurrección del cuerpo. Cabe destacar que la Escritura vincula esta resurrección, al igual que la primera, a la resurrección de Cristo. «Así también *en Cristo* todos serán vivificados. Pero cada uno en su propio orden: las primicias, Cristo; después los que son de Cristo, a su venida» (1 Cor. 15:22-23). Nuestro destino está tan estrechamente ligado al de Cristo que, si pasamos por la muerte, resucitaremos, *porque Cristo también ha resucitado de entre los muertos*.

Esta unión de los creyentes con Cristo en lo que respecta a la resurrección del cuerpo queda confirmada por otros pasajes. «Si hemos muerto con Cristo, creemos *que también viviremos con él*». «Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos *vivificará también vuestros cuerpos mortales*, por medio de su Espíritu que habita en vosotros». «Sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, *también nos resucitará a nosotros con Jesús*» (Rom. 6:8; 8:11; 2 Tim. 2:11; 2 Cor. 4:14). Así, los efectos de la muerte y de la resurrección de Cristo se extienden también a nuestros cuerpos. Resucitado de entre los muertos, Cristo es vencedor para siempre de la muerte, lo que nos da plena seguridad en la fe de que también viviremos con él en lo que respecta a nuestros cuerpos. Cristo ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Al ser uno con él, cosechamos el fruto glorioso de su victoria. No solo nuestra alma puede regocijarse por haber sido liberada del poder del pecado y de la muerte, sino que también nuestro cuerpo se beneficiará algún día de las consecuencias de la obra de la cruz.

5 - Sentados juntos

Después de habernos dado vida y resucitarnos, Dios «nos sentó *con él en los lugares celestiales en Cristo Jesús*» (Efe. 2:6). La expresión «nos sentó» evoca el descanso, la gloria y la felicidad celestiales de las que el creyente disfruta ya en Cristo, por la fe. No se nos invita a sentarnos, sino a comprender que *estamos sentados* en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Dios lo sentó «a su diestra en los lugares celestiales» (Efe. 1:20) y el propio Cristo, «habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se sentó a perpetuidad a la diestra de Dios» (Hebr. 10:12; vean también 1:3). Es un hecho consumado. Al estar en Cristo, estamos donde él está ahora, es decir, «nos sentó en los lugares celestiales» en él. Al haberse consumado la obra de Cristo, la pura gracia de Dios nos asocia al glorioso descanso de su Hijo. Como

alguien escribió: “El creyente está tan absolutamente identificado con Cristo en el trono, como Cristo lo estuvo con él en la cruz. La justicia ya no tiene ningún cargo que presentar contra el creyente, porque no tiene ningún cargo que presentar contra Cristo”. Para Cristo, todo está consumado, es el descanso; lo mismo ocurre con nosotros, porque estamos *en él* y, pronto, disfrutaremos del descanso y la gloria celestiales *con él* durante la eternidad.

6 - Herederos juntos

Estar en Cristo no es solo, como hemos señalado, estar donde él está y ser lo que él es, sino que también es tener parte en todo lo que él posee. «Si [somos] hijos, también [somos] herederos; herederos de Dios y *coherederos con Cristo*». «*En él, en quien también fuimos hechos herederos*» (Rom. 8:17; Efe. 1:11; vean también Gál. 4:7). Todo lo que el Padre ya ha dado al Hijo, el Hijo lo comparte con nosotros: las bendiciones espirituales, el gozo, la paz, la victoria, el poder y la santidad son nuestros, en Cristo, desde este mismo momento (Efe. 1:3; Rom. 8:32). Del mismo modo, compartiremos con él la herencia venidera, de la que poseemos las arras en la persona del Espíritu Santo y de la que ya disfrutamos por la fe. Pero solo en Cristo y *con él* disfrutamos de ella y la recibiremos en la gloria. Fuera de él, no poseemos nada. Como Primogénito de toda la creación y Primogénito de entre los muertos (es decir, en su calidad de Creador y Redentor), Cristo tiene un derecho absoluto sobre todas las cosas. Dios, en su infinita gracia, nos confiere, porque estamos en Cristo, la misma participación y nos hace coherederos de su Hijo. Sin duda, Cristo seguirá siendo el Primogénito «para que en todo él tenga la preeminencia» (Col. 1:18).

¡Ah! Si fuéramos más conscientes de la parte extraordinariamente elevada y gloriosa que nos corresponde en Cristo, nuestros corazones no se apegarían tan fácilmente a las vanidades de la tierra. Como herederos de Dios y coherederos de Cristo, podemos considerar todas las cosas como una pérdida, a causa de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, nuestro Señor.

Cabe señalar que la herencia es de Dios *en los santos*. El apóstol pedía en sus oraciones por los efesios que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les diera espíritu de sabiduría y de revelación en su conocimiento, para que se les iluminaran los ojos del corazón y supieran «cuál la riqueza de la gloria de su herencia en los santos» (Efe. 1:18). ¡Qué gracia y qué condescendencia! Todas las cosas están y estarán sometidas a Cristo, en virtud de la obra de la cruz, y ello para gloria

de Dios Padre; es en él en quien todas las cosas, en los cielos y en la tierra, serán “reunidas en uno” (vean [Efe. 1:10](#)) pero Dios, que asocia a sus amados redimidos como coherederos de pleno derecho, hará valer en ellos «la riqueza de la gloria de su herencia», de la que finalmente disfrutará. Él poseerá esa herencia; es decir, la creación purificada y bendita en sus santos, los redimidos íntimamente unidos a Cristo. ¡Ojalá “los ojos de nuestro corazón” puedan discernir la grandeza infinita de nuestras bendiciones en Cristo!

7 - Sufriendo juntos

El creyente está llamado no solo a sufrir *por* el Señor ([Fil. 1:29](#)), sino también *con* él, tal y como se desprende de [Romanos 8:17](#): «Si sufrimos *con* él, para que también seamos glorificados con él» (comp. con [2 Tim. 2:12](#)). Mientras que los sufrimientos *por* Cristo son privilegio solo de algunos redimidos, ningún verdadero creyente puede escapar a los sufrimientos *con* Cristo. De hecho, el camino que conduce a la gloria pasa por el sufrimiento, porque es el que siguió Cristo cuando estuvo en la tierra. Al ser uno con él, nos encontraremos en él con los obstáculos, las pruebas y los dolores con los que él se topó, él que era «el varón de dolores, experimentado en quebranto» ([Is. 53:3](#)). Extranjero, solitario, despreciado por los hombres, aquel a quien no se tenía en estima, incomprendido por sus propios discípulos, soportando una contradicción permanente por parte de los pecadores contra su persona, herido por todas las consecuencias del pecado con las que se topaba en su camino, cosechando solo odio, burlas e ingratitud a cambio de su amor –tal fue nuestro amado Salvador en este mundo.

¿Cómo no íbamos a sentir también nosotros algo de lo que él mismo experimentó? Al poseer la naturaleza divina, ¿cómo no íbamos a sufrir *con* Cristo? Sin duda, nuestra percepción espiritual de lo que es este mundo nunca alcanza la perfección de la de Cristo. Sin embargo, al igual que él, nos sentimos extranjeros aquí, sabemos que nuestra patria está en los cielos. El «nuevo hombre, que es creado según Dios en justicia y santidad de la verdad» ([Efe. 4:24](#)), se ve constantemente ofendido por todas las manifestaciones del pecado que nos rodean. Incluso se puede afirmar que la intensidad del sufrimiento que estas tristes circunstancias producen en nosotros es proporcional a nuestra espiritualidad: cuanto mayor es esta, más sufrimos con Cristo en este mundo.

Estos sufrimientos forman parte de las numerosas aflicciones por las que debemos

entrar en el reino de Dios ([Hec. 14:22](#)). ¡Ojalá podamos comprender en mayor medida nuestra unión con un Cristo que ha sufrido en la tierra! Nada contribuirá más a preservarnos de la conformidad con este siglo y a dirigir nuestros afectos hacia el cielo.

8 - Glorificados con él

Este camino de sufrimiento conduce a la gloria, tal y como declara el pasaje que acabamos de citar: «Si sufrimos con él, para que también seamos *glorificados con él*» ([Rom. 8:17](#)).

Sí, pronto todos los redimidos habrán terminado con los sufrimientos del tiempo presente y serán glorificados con Cristo en el cielo. La Palabra repite esta promesa en varias ocasiones. «Cuando Cristo, quien es nuestra vida, sea manifestado, entonces vosotros también seréis *manifestados con él en gloria*». «Cuando él venga para ser *glorificado en sus santos y para ser, en ese día, admirado en todos los que creyeron*». «Si sufrimos, *también reinaremos con él*» ([Col. 3:4](#); [2 Tes. 1:10](#); [2 Tim. 2:12](#)). ¿Acaso no declaró el propio Señor Jesús, en su oración de [Juan 17](#): «La gloria que me has dado, yo les he dado» (v. 22)?

Así, nuestra conformidad con nuestro Amado nunca cesará y alcanzará su expresión más perfecta en el cielo. Allí, estaremos tan completamente identificados con él que, en el momento de su aparición, él mismo será glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído. Pero el Cristo al que entonces poseeremos será el mismo que ya tenemos hoy. Todas las glorias del cielo son ya nuestra parte por la fe. Por eso «nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios», quien, según sus designios eternos, no solo nos ha predestinado, llamado y justificado, *sino también glorificado* ([Rom. 5:2](#); [8:30](#)). Así, la gracia no dejará de obrar en nosotros hasta que se cumpla plenamente el propósito de Dios respecto a nosotros, es decir, nuestra glorificación con Cristo. Entonces todos estaremos ante él «conformes a la imagen de su Hijo» y tendremos parte «a su reino y gloria» ([Rom. 8:29](#); [1 Tes. 2:12](#)). Allí, Cristo será, por la eternidad, el centro resplandeciente de todos los bienaventurados que, transformados a su imagen, le verán tal como es y se postrarán con gozo ante él, arrojando sus coronas a sus pies.

Que podamos disfrutar cada vez más de la elevada posición y de los gloriosos privilegios que nos pertenecen en Cristo. Que de nuestros corazones brote, con santo

fervor, la alabanza debida a nuestro Dios y Padre en Jesús: «Al único Dios, nuestro Salvador, mediante Jesucristo nuestro Señor, ¡sea gloria, majestad, dominio y autoridad, desde antes de todo siglo, ahora y por todos los siglos! Amén» (Judas 25).